

BIBLIOGRAFIA

Se reseñarán en esta sección los libros que la Redacción estime conveniente, previo envío de dos ejemplares. Exceptuadas las obras muy costosas, el envío de un ejemplar dará únicamente derecho al anuncio en la sección de libros recibidos.

I.—EDICIONES Y TRADUCCIONES

M. TULLIO CICERONE, *De re publica* (lo stato), Codice Vaticano. Somnium Scipionis. Frammenti. Introduzione, testo e commento di *Leonardo Ferrero*. «La Nuova Italia» Editrice, Firenze, I Classici de la Nuova Italia. 1950. XXII-235 págs. 20×13 cms. 450 liras.

El volumen comprende las siguientes partes: Introduzione (p. V-XXII). Parte prima «Il codice Vaticano» (p. 1-155). Parte II, «Il Somnium Scipionis» (p. 159-181). Parte III, «La fortuna del dialogo attraverso le testimonianze e i frammenti» (p. 185-223) con tres subpartes: L' antichità, classicismo e cristianesimo, dall' alto medioevo alla rinascita umanistica.

El texto de los cinco primeros libros es el Códice Vaticano y lo presenta indicando las líneas y las páginas del mismo. El código no contiene el Somnium Scipionis y estudia Ferrero la historia de la transmisión del texto reproduciendo el de Castiglioni.

Sigue luego un estudio sobre el influjo del «De re publica» en la cultura antigua y los lugares en que aparece citado algún pasaje de la obra, empezando por Cicerón y terminando por los Humanistas. Termina el volumen con una nota crítica al código Vaticano y al Somnium. La edición va dirigida a la escuela por cuanto al margen de cada página del libro se insertan amplias notas explicativas en el aspecto histórico, gramatical, estilístico y semántico. La obra representa un trabajo serio y bien logrado del ilustre humanista italiano.

JOSE GUILLEN.

CATULLO-ORAZIO, *Carmina selecta a cura di G. Laurenza*, Colección I classici della nuova Italia per le scuole italiane, «La Nuova Italia» Editrice, Firenze, 1949. 240 págs. 20 × 13 cms. 500 liras.

Se trata, como indica el título, de una selección de los dos grandes poetas líricos latinos. Las piezas están perfectamente escogidas en el sentido de la moralidad y del valor literario. A la selección de cada uno de los poetas precede un estudio de ellos y de sus sistemas métricos. Amplios comentarios, puestos al pie de cada página, hacen del libro una obra de suma utilidad para las escuelas de lengua latina.

JOSE GUILLEN.

DRACONZIO, *La Tragedia di Oreste*. Introduzione testo e commento di *Emanuele Rapisarda*. Centro di studi di Letteratura cristiana antica. Università Catania. 1951. X-250 pp. 22 × 14 cms.

Manuel Rapisarda presenta en esta obrita un buen comentario académico del mejor poema de Draconcio sobre un motivo de inspiración pagana. La obra comprende los siguientes puntos: Introduzione (p. I-X). La obra de Draconcio (pp. 1-35). Comento (p. 37-217). Index (p. 219-242). Il mito di Oreste (p. 243-250). Bibliografia (p. 251-256).

El libro de R. es el fruto de sus explicaciones en la Universidad de Catania. Todo aquello que se necesita en el terreno filológico para poder seguir con holgura el pensamiento de Draconcio. La referencia a lugares paralelos del mismo Draconcio o de otros poetas latinos pone de manifiesto la legitimidad o ilegitimidad de los giros de nuestro autor. Nada más a propósito que estos comentarios serenos y metódicos para una perfecta intelección de los autores latinos de los primeros siglos del Cristianismo, tan olvidados, de ordinario, entre los filólogos, que rara vez los presentan ante la consideración de sus alumnos.

Rapisarda con su escuela investigadora de la literatura cristiana está haciendo una labor digna de todo agradecimiento y de toda estimación.

J. GUILLEN.

II.—TRABAJOS DE INVESTIGACION

MANU LEUMANN: *Homerische Wörter* (Schweizerische Beiträge zur Altertumswissenschaft, in Verbindung mit Olof Gigon, Willy Theiler, Fritz Werhli, herausgegeben von Bernhard Wyss, Heft 3). Verlag F. Reinhardt A. G. Basel 1950, pp. XII-360, 16 × 24 cms.

Después del índice general (pp. VII-IX) y de la tabla de abreviaturas (pp. XI-XII) el Autor declara en la introducción (pp. 1-10) que muchos vocablos homéricos son todavía un enigma, en cuanto a su significación y en cuanto a su figura morfológica. Como otros muchos investigadores, dedica su trabajo a esclarecer estos puntos oscuros para contribuir así a la mejor comprensión del texto homérico.

La obra está dividida en seis capítulos. Los mencionamos escuetamente para que el lector se forme idea de la importancia de su contenido: I. Palabras poéticas en los poetas (pp. 11-35); II. Problemas sobre la estructura de las palabras (pp. 36-156); III. Nuevas palabras como resultado de las interpretaciones de textos gramaticalmente establecidos (pp. 157-207); IV. Nuevas interpretaciones de palabras, atendiendo a la situación (pp. 208-247); V. Formación singular de palabras (pp. 248-261); VI. Palabras poéticas fuera de la literatura poética (pp. 262-320); Conclusión (pp. 321-341). Siguen los índices de materias, de citas de Homero y otros autores clásicos, de palabras griegas, latinas, etc., en las pp. 343-360.

El Autor presenta un trabajo realmente serio, fruto de una investigación concienzuda, en la que aparece el talento ponderado que valora las muchas opiniones, para formular con sencillez la suya propia, cuando esto es posible. Es imprescindible para los estudiosos del inmortal cantor.

FR. ISIDORO RODRIGUEZ, O. F. M.

DOMENICO BRAGA: *Catullo e i poeti greci* (Biblioteca di cultura contemporanea, XXX). Casa editrice G. D'Anna, Messina-Firenze, 1950, pp. 274, 14×22 cms., 1.200 liras.

Después de desaprobar en el cap. I (pp. 1-5) —que viene a ser como la introducción— la tendencia exagerada de algunos, que no ven en el cantor de Lesbia más que un imitador de los modelos griegos, sin originalidad, pasa a examinar la deuda que realmente debe el poeta latino a la Musa griega, con repaso de sus principales representantes. En el cap. II (pp. 7-21) se escuchan los ecos de Homero, Hesíodo y Píndaro, que resuenan en la poesía de Catulo. Otro tanto puede decirse respecto a los yambógrafos griegos (cap. III, pp. 23-44). Reconoce

en Safo (cap. IV, pp. 45-79) la principal inspiradora de las canciones amorosas del poeta neotérico; y se detiene especialmente en ponderar el legado de los trágicos helénicos en el vate de las *nugae* (cap. V, pp. 81-111). No podía faltar un estudio que estableciera el magisterio de Calímaco sobre Catulo (cap. VI, pp. 113-154), así como del épico helenístico Apolonio de Rodas (cap. VII, pp. 155-179). Por último se dedica la atención extensamente a los epigramáticos griegos (cap. VIII, pp. 180-263), siguiendo luego una conclusión sucinta (cap. IX, pp. 265-270) y los índices (pp. 271-274).

El autor procede con objetividad imparcial en su estudio, mostrando las influencias abundantes de los poetas griegos en el cantor latino, pero sin que esto reste al mismo originalidad, sentimiento y realismo. Algún descuido hemos notado, por ej., pp. 84-85 se traduce un texto de Esquilo, sin la cita correspondiente; hay bastantes erratas en los textos griegos (por ej., pp. 117, 139, 165, 192, 205, etc.) y aun en italiano, pero esto no resta valor al presente trabajo.

FR. ISIDORO RODRIGUEZ, O. F. M.

A. BRELICH, *Die geheime Schutzgotheit von Rom (Albae Vigiliae, Heft VI)*: Zürich, Rhein-Verlag, 1949, pp. 65.

A. BRELICH, *Vesta (Albae Vigiliae, Heft VII)*: Zürich, Rhein-Verlag, 1949, pp. 120

He aquí dos monografías que se completan. El autor revela en ellas una vasta cultura junto con una gran fuerza de penetración en los más intrincados problemas de la religión romana.

En la primera se adivina un conato de rasgar el velo que encubre dentro del más sagrado misterio el nombre de la divinidad protectora de Roma, cuya indeterminación sexual señalaba en la fórmula ritual tantas veces repetida —*sive deus sive dea*— parece ser una de sus características principales.

Sobre esta pista Brelich estudia las posibilidades, que para una solución definitiva ofrecen los grupos mitológicos Genius-Fortuna, Pales la hermafrodita protectora de pastores y ganados, Juno Sospita, etc. En el desarrollo de su erudita exposición, el autor aporta datos de gran interés, más para el estudio de la androgenia de la religión primitiva de Roma, que para el tema central que intenta establecer.

La segunda monografía viene a ser como una aplicación a Vesta de las intuiciones —algunas de ellas sorprendentes— con que el autor cierra su primer estudio. Hay en ella datos importantes sobre varios aspectos de la mitología de Vesta: fuentes más antiguas de su culto, sus puntos de contacto con Juno, forma y características del «aedes Vestae», el fuego sagrado, relaciones de Vesta con la maternidad, virginidad y la virilidad, el asno, animal típicamente dedicado a esta diosa.

Los datos son de marcado interés y en ellos revela el autor su enorme erudición y su competencia en la materia. No podemos decir lo mismo de las conclusiones que se pretenden deducir. No fluyen de una manera lógica de las premisas y por eso resultan a veces prematuras y hasta caprichosas.

Bien sabe Brelich que pisa un terreno sumamente movedizo, dado el afán de los pueblos a consagrar sus orígenes «miscendo humana divinis». Es de aplaudir su empeño por esclarecer los arcanos de la religión primitiva de Roma. El hombre, que tantos secretos ha arrancado a la naturaleza y a la historia, se comprende que sienta el afán de desentrañar y deslindar lo que «ante conditam condendamque urbem poeticis magis decora fabulis», las leyendas encierran de historia y de mito. Mas en estas investigaciones preciso es andar con tiento y tino, si no se quiere correr el riesgo de aventurar hipótesis sin base sólida. Peor aún si esas hipótesis se quieren hacer pasar por tesis con que justificar prejuicios u orientaciones de determinada escuela.

No digo que lo haga así el Dr. Brelich, pero sí que algunas de sus indicaciones lo mismo que varias de sus geniales y seductoras «intuiciones» parecen adolecer de falta de base. No en vano prescinde él del valor cronológico de los datos.

J. JIMÉNEZ DELGADO, C. N. F.

BULTMANN, R.: *Das Urchristentum in Rhamen der antiken Religionen*, Artemis-Verlag, Zürich 1949, pp. 261.

La aparición del Cristianismo se produjo en una época histórica y en un marco geográfico bien definidos con una fuerza y características propias. Pero no todos los elementos que encierra son originales; en cierta medida es deudor a una herencia contenida, tanto en el Antiguo Testamento, como en el judaísmo y el helenismo, según el Autor. El Cristianismo ha dado respuesta a muchas preguntas que se hicieron en el curso de la historia diversas religiones. El Autor no se detiene en la consideración de los elementos mitológicos o dogmáticos de las diversas religiones antiguas, sino que limita su campo de investigación al modo de enjuiciar las relaciones fundamentales existentes entre el hombre, el mundo y Dios.

Todo el libro es llevado con bastante lógica, aunque no siempre sus conclusiones puedan ser aceptadas, sin más, por los católicos. Al final del libro reúne una bibliografía especializada y las citas correspondientes a los cinco capítulos de la obra; sigue un índice de personas y cosas y, finalmente, el índice general

FR, LUIS ARNALDICH, O. F. M.

SANTAYANA, G.: *Die Christusidee in den Evangelien. Ein kritischer Essay*. G. H. Beck'sche Verlagsbuchhandlung, München 1951, pp. 268.

He aquí un libro del tristemente célebre filósofo español que, ya en el ocaso de su vida, se ha acogido a la hospitalidad romana, y que siente inquietud por el problema religioso, que no ha podido resolver en su larga vida. En él pretende señalar un nuevo y erróneo camino para llegar a la recta inteligencia de los Evangelios los cuales, según él, son una creación de la inspiración. A fuerza de profundas meditaciones se llegará a ahondar en su sentido, con lo cual serán siempre actuales y desarrollarán su fuerza vital. Vale esto sobre todo para lo que constituye su núcleo, la idea de Cristo, que es asimismo la idea de Dios en los hombres. Se divide la obra en dos partes. La primera se abre por el capítulo sobre la inspiración, que le sirve de base para sus ulteriores elucubraciones filosóficas. No nos detenemos en reseñar largamente su contenido, porque poco hallarán de aprovechable en él los lectores que desean formarse una idea justa y verdadera de Cristo y de su obra.

FR. LUIS ARNALDICH, O. F. M.

III.—LITERATURA CRISTIANA

V. CAPÁNAGA, *San Agustín*. Edit. Labor. Barcelona 1951.

Ya no falta el vino en la mesa, que, aderezada con los más ricos manjares de la antigüedad clásica, va preparando para los espíritus selectos la Editorial Labor. Bien podemos decirlo así apropósito de este vol. de S. Agustín, aplicando aquello que decían los antiguos: «mesa sin vino—sermón sin Agustino».

Los buenos catadores no podrán menos de admirar en este libro la mano hábil del P. Capánaga, quien, fino escanciador de las más puras esencias, ha ido vertiendo en él el zumo de los rasgos más salientes de la personalidad y de la obra literaria del santo Obispo de Hipona. Ardua faena ésta, condensar en una breve Antología la labor ingente de un espíritu tan capaz y dinámico como el de San Agustín.

Felizmente el P. Capánaga ha coronado su obra. Con pluma ágil y frase elegante y culta va disponiendo sabiamente al lector para la fruición de las más bellas páginas del Santo Doctor, ambientándolas con discretas introducciones para que no pierdan el aroma de su valor estético ni la riqueza de su contenido doctrinal.

En tres capítulos primorosos nos pinta la vida azarosa del joven Agustín, su conversión y su asombrosa actividad literaria (1-48). Siguen unas páginas introductorias a Las Confesiones y la selección de las mismas (49-111). Luego un ca-

pítulo interesante sobre S. Agustín y la cultura clásica, ilustrado con textos apropiados (112-157). En los demás capítulos trata de San Agustín y el monacato de Occidente (158-173), el epistolario de S. Agustín (173-198), los sermones (199-235), el doctor de la gracia (237-256), la Ciudad de Dios (257-293), definiciones, sentencias y frases agustinianas (295-310), influencia de San Agustín (311-320) y finalmente de S. Agustín y la cultura española (321-357).

Reciba el P. Capánaga la más calurosa felicitación por el éxito de su obra. Gracias a su pericia y profundos conocimientos de los temas Agustinianos, el doctor de la gracia figura con honor en la galería de «Clásicos Labor».

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

IV.—HISTORIA Y GEOGRAFIA

A. W. ZIEGLER, *Stimmen aus der Völkerwanderung*. Verlag Josef Habel, Regensburg 1950, pp. 156.

Se trata de una selección de textos de literatura latino-Cristiana, que desde San Cipriano (200-258) hasta S. Beda (673-735) van dándonos la visión tétrica de un mundo que se hunde ante el avance arrollador de las hordas bárbaras. A lo largo de todo el libro se dejan oír por boca de los escritores eclesiásticos más representativos los gemidos del viejo mundo que se resiste a morir. Aparecen ante la vista escenas horripilantes. Las calamidades se acinan en confusión espantosa e informe. *Primo loco scire debes*, se oye decir a S. Cipriano, *renuisse iam saeculum* (p. 18). Luego la voz apocalíptica de S. Jerónimo advierte: *Horret animus temporum nostrorum ruinas prosequi*; y continúa con Virgilio (Aen. II, 368 sg.): *ubique luctus, ubique gemitus et plurima mortis imago* (p. 38). Poco después es S. Agustín el que lleno de horror exclama: *horrenda nobis nuntiata sunt; strages facta, incendia, incendia, rapinae, interfeciones, excruciationes hominum* (p. 49). S. Ambrosio, Orosio, el autor de la Crónica gala, Quodvult-deus, Salviano de Marsella, Víctor, Eugipio, Jordans, S. Beda, unidos en concierto fúnebre, entonan también cantos de elegía al imperio romano que se desploma en medio de las mayores angustias. Al terminar el libro parece aun oírse la voz de S. Gregorio Magno impregnada de amargo pesimismo: *Quid est iam, rogo, quod in hoc mundo libeat?... Destructae urbes, eversa sunt castra, depopulati agri, in solitudinem terra redacta est... Alios in captivitatem duci, alios detruncari, alios interfici videmus* (p. 130).

La situación en que han quedado muchas naciones como consecuencia de la guerra explica la predilección por esta literatura tétrica. La historia se repite y

en esta repetición histórica cobran actualidad páginas polvorizadas de siglos pretéritos.

Afortunadamente no todo es lúgubre en la selección que nos ocupa. El libro de S. Ambrosio a la muerte de su hermano Sátiro levanta el ánimo más abatido: *non vitam amisisti, sed ingruentium acerbitatem formidine caruisti... Raptus est, ne in manus incideret Barbarorum* (p. 27). En medio de los mayores infortunios se oye la voz del salmista que dilata el corazón a la esperanza: *non moriar, sed vivam* (Ps. 117, 11). *Si consistent adversus me castra non timebit cor meum* (Ps. 26, 3).

Cada autor va precedido de una sobria introducción que encuadra y ambienta la selección de textos.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

V.—TEXTOS ESCOLARES

M^l BIZOS: *Syntaxe grecque*. Libr. Vuibert, Boulevard Saint-Germain, 63. Paris 1947, pp. IV-271, 22'5 × 16 cms., 650 francos.

Es un tratado de la sintaxis de la prosa ática, expuesto con un orden nuevo, de forma muy concisa y clara a la vez, y con abundantes cuadros. Las páginas van divididas por la mitad en sentido vertical, destinando una parte a la exposición de las reglas sintácticas, y la otra a los ejemplos confirmatorios. Estos son numerosos, llevando la traducción francesa y la nota de referencia. Para los casos menos generales se ha escogido un tipo de letra menor.

Como indica en el prefacio, se tratan especialmente los casos excepcionales que pudieran embarazar la lectura de Tucídides, Platón o Demóstenes. Dos índices alfabéticos, uno francés y otro griego, (pp. 253-261), seguidos de un índice general de materias, que viene a ser un resumen de la sintaxis (pp. 263-271), avaloran esta obra, que ha de reportar gran utilidad a los estudiosos de la lengua griega.

FR. ISIDORO RODRIGUEZ, O. F. M.

A. LIEFOOGHE, *Notiones élémentaire de Grammaire comparée du Grec et du Latin*. Libr. Hatier, Paris 1949, pp. 120.

Excelente manualito de gramática comparada, en el que se asoma el alma de un maestro experimentado. Es difícil tratar en tan pocas páginas de una manera más acertada las complicadas cuestiones que el tema ofrece.

El autor da sensación de andar sobre terreno firme, a pesar de la inseguridad de la senda que recorre. Un alumno de bachillerato no necesita complicadas ex-

plicaciones. Le basta con utilizar los resultados seguros. Por eso el autor ya en lingüística, lo mismo que en fonética, morfología y sintaxis sólo presenta lo que hoy por hoy se da como definitivo.

El manualito tiene un carácter marcadamente práctico. Forma parte de la colección Hatier tan recomendados para maestros y alumnos de segunda enseñanza.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

FEDERICO LEO: *Literatura Romana*. Traducción directa del alemán, anotada por P. U. González de la Calle. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo. 292 páginas. Bogota, 1950.

Gracias a la labor de González de la Calle podemos saborear en nuestra lengua las páginas del notable opúsculo de Federico Leo. Este autor había ya publicado en 1912 el primer volumen de su magna obra *Geschichte der römischen literatur*, de la que un perito conocedor de estas materias, como E. Norden, hacía los mayores elogios en su *Einleitung in die Altertumswissenschaft*.

La presente publicación del Instituto Caro y Cuervo no es sino un resumen de la obra grande de Leo y no pretende ser más que una obra destinada a la iniciación cultural, poco más o menos de las llamadas «obras de bachillerato». No comprende ni más ni menos de lo que es indispensable en tales obras. No obstante lo reducido de su tamaño, la obra nos ofrece una visión clara y certera de la literatura latina. Los eruditos y conocedores del asunto también pueden sacar fruto de su lectura ya que al final de la obra hay una gran bibliografía. En ella se pueden encontrar valiosas indicaciones sobre casi todas las cuestiones relacionadas con la cultura romana en sus múltiples manifestaciones.

En una valiosa introducción nos expone brevemente el autor cuestiones tan importantes como «Significación de la literatura latina para la cultura mundial; Italia y Latium; Influencia helénica; Lengua y Vida; Etruscos; Carácter Nacional Romano», etc.

Como puede verse por el solo enunciado de algunas de las cuestiones de la Introducción, la obra de F. Leo es altamente sugestiva desde sus primeras páginas.

La presente obra es, pues, en sus líneas generales un poderoso medio para adquirir una visión rápida de conjunto, pero no por eso menos completa y clara de la historia literaria de Roma.

FR. JOSE OROZ, O. R. S. A.

A. MAGARIÑOS, *Cicerón*. Edit. Labor, Barcelona 1951, 280 pags.

Este libro de Cicerón forma el vol. XV de la Colección de «Clásicos Labor».

Y a fe que puede sentirse ufana la casa editora de la obra hasta aquí realizada digna por cierto de los más calurosos elogios. Su idea de acercar los clásicos al espíritu de nuestra época, no dejaba de extrañar serias dificultades. ¿Cómo entusiasmar al lector de nuestros días por unos autores, cuya lengua no entiende y cuyo ambiente cultural le es extraño? ¿Cómo lanzarse a una edición de los clásicos en estos tiempos de crisis editorial, si aun limitándose a muy pocos escritores, sus obras requerirían centenares de volúmenes? La Colección «Clásicos Labor» va resolviendo felizmente los interrogantes y solucionando las incógnitas. Ha puesto en manos de prestigiosos profesores y humanistas cada uno de los grandes maestros de la antigüedad clásica y ellos nos van ofreciendo en bellos volúmenes una interpretación original, sugerente y moderna de la persona y obra literaria del autor respectivo.

A Cicerón nos lo presenta D. Antonio Magariños, Catedrático de lengua y literatura latina en el Ramiro de Maeztu de Madrid.

Con frase sabia pero insinuante comienza el relato de la vida agitada e infortuna del príncipe de los oradores romanos (7-32). Pasa luego a poner de relieve su categoría de orador (32-76). A continuación estudia a Cicerón como filósofo (79-113). Después presenta unas cuantas cartas donde mejor que en sus obras se transparenta el alma y la época, de aquél a quien la fortuna eleva primero al cenit de la gloria y luego lo sacrifica a los caprichos de la envidiosa política (182-245). Termina con un capítulo sobre la influencia mundial de Cicerón y su influjo particular en España.

Se comprende que tanto los estudios introductorios como la selección tienen que ser extraordinariamente breves, a veces en demasía, como por ej. el de la influencia de Cicerón y el de los sistemas filosóficos de su época.

La selección la encontramos por lo general muy acertada. A pesar de las angosturas del espacio, el autor ha dado cabida al «pro Archia» entero y al 1.º de las Tusculanas. Realmente son piezas que por su valor literario y contenido doctrinal se merecen trato de excepción.

Lo que sí lamentamos es que no se hayan recogido al menos en nota o en un capítulo adicional bilingüe las citas o pasajes más bellos y famosos del gran Arpinata.

La presentación de la obra pulcra y la impresión esmerada honran a la vez al autor y a la casa editora.

J. JIMENEZ DELGADO, C. M. F.

VI.—VARIOS

LUIS FLORÉZ: *La pronunciación del Español en Bogotá*. Publicación del Instituto Caro y Cuervo. Bogotá 1951. Págs. 390, cms. 24 × 15.

Esta es una de tantas excelentes obras que publica el Instituto Caro y Cuervo de Bogotá.

El autor ha escogido un tema de pronunciación del español tomando como localidad básica Bogotá. Es un buen estudio de fonética bogotana actual; es una descripción de muchos fenómenos de la pronunciación contemporánea. Trata después de una copiosa biografía, del timbre de los sonidos, nasalización de las vocales, cambios de unas vocales y consonantes por otras, relajación y pérdida de articulaciones, pronunciación de grupos vocálicos, etc. Tiene la particularidad que revaloriza o la obra que no es obra solo de gabinete dado que como afirma su autor que los datos se han recogido por observación directa del habla de la calle, en los comercios y mercados, en los cafés, etc., de modo que la reunión de materiales le ha costado al autor seis años.

La obra con un orden claro y preciso da un completo cuerpo de la pronunciación. Estos estudios de fonética local son una valiosa aportación al conocimiento profundo del idioma sobre todo de Colombia que tiene tantos rastros de la lengua que usaron nuestros clásicos del siglo XVI y contribuye a formar el Atlas lingüístico del Español obra a la que aspiran hoy los romanistas.

G. ANDRES AGUSTIN.

CHARLES ROSSET: *Phaedri fabulae selectae*. Les éditions de l' école. Paris. pags. 47, cms. 21 × 13.

Una colección de fábulas de Fedro para los que empiezan el estudio del Latín. Por tanto quede ya por supuesto lo elemental de esta obrita. En una página la fábula y en la de al lado el vocabulario y en la parte inferior un cuestionario para adiestrar a los principiantes en el habla de la lengua de Cicerón.

Precede a las fábulas una introducción sobre la vida de Fedro, los versos latinos y ciertas observaciones gramaticales.

El folleto concluye con las variantes de los manuscritos cosa poco propia para el fin tan elemental a que se destina la obra. Ilustran a las fábulas una serie de grabados. En general la obra esta bien presentada desmereciendo un tanto el color obscuro del papel.

G. ANDRES AGUSTIN.

GUILLERMO DE LA CRUZ-CORONADO, *Coimbra... piedra y paisaje*. Coimbra 1953.

¡Qué gozo poder reseñar un libro de poesía en que el elogio puede ser pleno, sin reserva ni reticencia alguna! Y esta vez, el gozo casi se torna en una vanidad, pues tan en breve, una nueva cosa poética de primera calidad viene a confirmar mi augurio, cuando desde estas mismas páginas saludaba al P. Guillermo de la Cruz-Coronado como un excelso poeta, que él nos revelaba en *Poemas de Intimidad*. Ahora, éstos sobre Coimbra, prosiguen una clara línea de desenvolvimiento que no dudo han de poner al joven claretiano entre los primeros poetas de hoy, y cuidado que jamás ha habido en España, de Góngora acá, más estricta exigencia ni más fina discriminación de lo poético como la que hoy impera, en la producción lo mismo que en la crítica. Hoy unos versos del señor Martínez Kleiser, de la Real Academia Española, que, se nos dice, se ha quedado como poeta lírico en Fernández Grilo o en Campoamor, le producen «rubor y pena» a un crítico de *Insula* (n.º 75, p. 2), aunque es muy probable que emocionen a las niñeras (y entre paréntesis, ¿no tienen también Derecho la niñeras a emocionarse con unos versos?). Ser hoy poeta es algo más serio, más hondo, más desgarrador que combinar con sus debidos y bien puestos acentos once sílabas que dicen que es hendecasílabo o catorce hendecasílabos que dicen que es soneto, cosa que pudo antaño hacerse burla burlando. Y no es que yo pretenda despreciar ni depreciar el hendecasílabo ni el soneto, Dios me libre y San Juan de la Cruz y Lope no me lo consientan; lo que quiero decir es que al poeta de hoy, de este momento de la poesía española, aparentemente liberado de la precepción literaria —del acento en sexta sílaba, de la consonancia y asonancia, de la que fué en remotos tiempos gran maestría de «sílabas contadas» y de tantas cosas más que se obliga a aprender a los bachilleres— se le imponen mucho más altas, más puras y depuradas, más difíciles exigencias. Un soneto —o un rosario de sonetos—, hubiera sido más fácil que cualquiera de estos poemas tan leves, tan ágiles, tan cultos, tan aparentemente libres con que el P. de la Cruz-Coronado ha captado y cantado el hechizo y misterio de la piedra y del paisaje de Coimbra. Ahora bien, ¿qué se le exige al poeta de hoy con ineludible rigor? Tal vez lo podamos decir con unos versos de estos mismos poemas a Coimbra, de la que canta el poeta:

*Aquí todo tiene el desorden
de lo que es bello por todas partes
y no se cuida de ser imagen
de ave, de flor, de monte,
de arquitectura humana o metal nitido.*

Así se le aparece al poeta Coimbra y así se me presenta a mí su poesía; no, ciertamente, desordenada; sí, bella por todas partes, con tan primigenia belleza,

con tan sencilla seguridad de lo que nace hermoso —como la luz, la flor, el niño— que el poeta puede impunemente —¡y afortunadamente!— olvidarse que hay —o hubo— preceptiva literaria o retórica y poética en el mundo; puede olvidarse de todo menos de una cosa: de que captar, crear e irradiar belleza por todas partes.

*Canto a la piedra religiosa, tensa,
que en la columna se alarga
y en el arco se arranca de la tierra».*

¿Quién le da derecho al poeta para esta combinación insólita de versos de 9, 2, 8 y 11 sílabas? Se la da su libérrima inspiración, su libérrimo, hondo y cierto ritmo interior, tan potente, tan acelerado que se lo comunica a la piedra misma. ¡Qué fuerza en esa *tensa*, aislado y señero, que prepara los dos estirones de la piedra, alargándose, por ímpetu religioso, en la columna y arrancándose, en el arco, de la tierra! ¡Cómo borbotan las aguas en la estrofa siguiente, sólo porque el poeta ha soplado sobre una portada suavísima unas limpias palabras rítmicas!

Ya es bien sabido—*Ortega Gasset dixit*—que, en definitiva, poesía es dar gato por liebre y purpúreos hilos de grana fina en lugar de un tasajo encecinado de carne de macho cabrío. Al que no le guste el juego, no hay sino aconsejarle que se dedique a la matemática. La metáfora, la trasposición es la esencia misma de la poesía, si es que podemos hablar de esencia en algo tan escurridizo a toda definición como es la poesía.

(Si poesía es metáfora, ¿qué haremos con el celeberrimo soneto, por poner ejemplo notísimo: «No me mueve, mi Dios, para quererte» donde no hay metáfora ninguna? Quede ahí el interrogante). Más esencia o no, la metáfora, la capacidad de transmutar mágicamente el universo, es el signo más auténtico del poeta. Lo otro ver lo que es como es, es ciencia y su recta y rectilínea exposición es la honrada prosa. Y aquí sí que la exigencia moderna al poeta es de rigor inexorable y sólo en contados momentos de la historia literaria conocido. Y aquí sí que no vacilo en saludar una vez más en el P. de la Cruz. Coronando a un auténtico poeta, a un prestigeador maravilloso de la palabra, magia del mundo. ¡Qué no daríamos por estos dos versos, que nos saben al más puro Góngora! (¡ojo, rezagados, que quiero decir a la más pura poesía!):

*piedra lamida a besos de tantos vientos
con labios que bruñen y escarnan.*

Pero el gongorismo en su mejor sentido de pura poesía, la pura poesía, la poesía más característicamente actual, tiene un peligro, es decir, un límite, más allá del cual viene el abismo, el vacío puro. Tanto puede bruñirse la metáfora y la imagen, que no sólo se la descarne y deshuese— y eso sí que debe hacerse,

pues ni la carne ni el hueso tienen que ver con lo poético, sino que se la deje exagüe y sin aliento, mera transparencia, pura irisación de polvo humano. Quiero decir, si digo algo, que no creo en la poesía deshumanizada, en la poesía que, lejano o remoto, no nos traiga un temblor humano o lo levante en nosotros. ¡Y como tiemblan todos estos versos en loor de Coimbra, como estremecen ellos la piedra y el paisaje, que estremecieron primero el alma del poeta! Estos poemas de pura poesía, son también pura emoción. El autor nos ha ofrecido— y ha hecho muy bien— un hilo conductor precioso: Cada poema lleva una fecha. Esas fechas tan próximas unas a otras: 12, 16, 18, 26, 27, 28, 31 de julio, para los siete primeros poemas son como una curva ascensional de la fiebre creadora, para la que no hay otra liberación que la péñola ágil ante la blanca cuartilla.

Ritmo, metáfora, emoción, limpidez pura de la palabra, libérrimo movimiento de la inspiración: no sé si logro caracterizar esta poesía que, gracias sin duda a mi ignorancia, tan nueva se me hace en un poeta religioso. Lo que sí quiero rotundamente afirmar es su valor único y señero. Otros temas—rimas humanas y divinas—Larán vibrar el alma de este joven plaretiano que con ávidos ojos, «con un aturdimiento de verdad nativa», contempló la piedra y el paisaje de Coimbra.

Yo también amo entrañablemente a Coimbra, cuya nostalgia sufro desde hace ya demasiados años. Muchos españoles la podrán empezar a amar y presentir en estos poemas en lengua de Cervantes; muchos portugueses amarán esta bella lengua (que escribió también Camoens) que resuena aquí, como pura plata, en loor de su más cara ciudad, la ciudadela de su espíritu, el crisol de su alma, que ellos han defendido y custodiado mejor que nosotros esta abandonada Salamanca, sombra de sí misma. (Aunque fué tan grande, que su sombra sola nos asombra y sustenta). Coimbra, en fin, que como una verdadera *menina e monça*, se mira perennemente en el espejo del Mondego, se mirará en adelante en los poemas de este vate español, enamorado suyo. A todos, portugueses y españoles, Coimbra y poeta, la más férvida enhorabuena.

DANIEL RUIZ BUENO.

MARIANO BASELGA RAMIREZ. *Cuentos Aragoneses*. Publicación de la Institución «Fernando el Católico» (C. S. I. C.) de la Excma. Diputación Provincial. Zaragoza 1946, 365 págs.

En junio del 38 fallecía D. Mariano Baselga Ramírez, hombre de ingenio peregrino y de cultura extensa, y con su muerte perdía la noble tierra aragonesa uno de sus muy preclaros hijos, amante conocedor como pocos del Folk-lore popular en todas sus manifestaciones artísticas del cuento y del canto.

La Institución «Fernando el Católico» ha querido tributar una memoria y un homenaje a D. Mariano Baselga Ramírez con la publicación de unos hermosí-

simos «Cuentos Aragoneses», que rezuman toda la gracia y la sal de esa tierra, y que retratan al vivo todo el recio temple de sus hombres.

El autor ha sabido recoger por el campo y la ciudad, por la huerta y por el monte, por las eras y el horno, por el rincón del fuego invernal y bajo el sol que quema a los segadores, por el lavadero y por la feria, por los gozos de la abundancia y por el frío de la miseria, las espigas abundantes del folk-lore aragonés, y luego ha sembrado, al voleo alegre de su vida y su camino. La afición a la tierra y a las cosas populares de Aragón, tierra como pocas fecunda en canciones y en cuentos, que vienen a ser en definitiva la expresión del folk-lore en todas sus manifestaciones. Al través de sus páginas—que hemos releído muy gustosos, y hemos saboreado a placer—se nos muestra el llorado D. Mariano como un concienzudo conocedor del pueblo y de su literatura, ya que el cuento y la copla son la manifestación, mejor aun, la imitación más lograda del estilo y del gesto plebeyo, con sus celos y sus iras y sus pasiones contadas con el desgarro y el garbo con que el pueblo las canta y las siente.

Aquí está, a nuestro entender, el mérito logrado en estos Cuentos Aragoneses; ése es el escollo que ha sabido superar airoosamente su autor que se nos muestra en todas las páginas de este libro como un pintor de la realidad aragonesa, más bien que como un imitador más o menos exacto del ambiente artístico.

Podemos saborear 35 cuentos distribuidos en tres secciones: Cuentos de la era: Desde el Cabezo cortado y por los Ribazos. En todos ellos, además de ese sabor folklórico tan apetitoso antes mencionado, podemos paladear las enseñanzas, la moraleja que siempre ha distinguido al cuento. «La amenidad de la práctica, por decirlo con palabras del mismo autor, viene a compensar la aridez de la doctrina».

P. JOSÉ OROZ.

COSTUMBRES Y TRADICIONES: Folk-lore Aragonés. Publicación de la Institución «Fernando el Católico» (C. S. I. C.), de la Excm. Diputación Provincial Zaragoza 1948, 102 págs.

La Institución «Fernando el Católico», con el fin de estimular a los amantes de las costumbres y tradiciones populares y encauzar el estudio del folk-lore aragonés instituyó un premio anual que comenzó en 1946. De los tres que fueron premiados aquel año, se recogen en la presente publicación dos trabajos originales de la Srta. Elisa Sancho Izquierdo y de D. Pedro Arnal Cavero.

Ante la imposibilidad de recoger el ambiente de todo Aragón, la Srta. Sancho Izquierdo se ha limitado en su artículo al estudio de los «despertadores», «rosarieros»—los llamados «auroras» en Navarra—de la cuenca del bajo Guadalupe: Alcañiz. Calanda, La Codoñera y Torrecilla de Alcañiz. Al igual que hizo el Maestro Arnaudás y Mingote con los Cantos populares de la provincia de Te-

ruel, nos presenta la autora las auroras con todas sus variantes—letrillas religiosas, cantos de soledad, albas—en las que late grave y alegre, sana y fuerte, recogida y expansiva toda el alma de Aragón.

D. Pedro Arnal Caveró, nos ofrece un estudio completísimo del «Toledo de Aragón» como llamara uno de los escritores aragoneses a *Villa y aldeas*, a Alquézar, de la provincia de Huesca. Por la brevedad de espacio no es imposible hacer una crítica más detallada de dicho trabajo, y nos resignamos a decir que es simplemente un estudio maravilloso en todos los aspectos.

Cierran la publicación sendos artículos de D. Ricardo del Arco sobre «La sátira en la poesía popular aragonesa» y de los Hermanos Albareda sobre «Una solución de pasamanos continuo», a los que se une una poesía de D. Veremundo Méndez Coarasa.

Felicitemos sincerísimamente a la Institución «Fernando el Católico» por las actividades que lleva desplegadas en el campo del folk-lore aragonés, «que constituye la fuente inagotable de los más variados matices del vivir cotidiano y de los tiempos que se pierden en la lejanía del pasado».

P. JOSÉ OROZ.

BIBLIOGRAFIA

Se reseñarán en esta sección los libros que la Redacción estime conveniente, previo envío de dos ejemplares. Exceptuadas las obras muy costosas, el envío de un ejemplar dará únicamente derecho al anuncio en la sección de libros recibidos.

CARLOS A. DISANDRO, *La poesía de Lucrecio: Textos y Estudios*, Instituto de Lenguas clásicas. Universidad Nacional de La Plata, 1950, págs. 147; 20 x 13.

La bibliografía de Lucrecio en lengua castellana no es ciertamente para enorgullecernos; sólo disponemos de estudios, ediciones y traducciones parciales. Por eso damos la más cordial bienvenida a este ensayo con el que el Dr. Carlos A. Disandro abre la serie de publicaciones del recién creado Instituto de Lenguas Clásicas de La Plata (República Argentina).

El autor maneja con soltura y dominio abundante bibliografía, sustancialmente completa hasta el año 1945, fecha en que concluyó la obra.

Desde las primeras páginas el autor centra su estudio bajo un punto de vista original y de plena actualidad; no se plantea una polémica más sobre tantos aspectos disputados del poema *De rerum natura*, «sino, como afirma en la pág. 11, el dilucidar el carácter de la poesía lucreciana con un sentido existencial, partiendo de un contacto prolongado con la conclusa plenitud de la obra y considerándola, asimismo, fruto de una experiencia existencial sobre el mundo y el hombre». (Reproducimos textualmente este párrafo porque, además de declararnos los propósitos del A., nos da el tono general de su estilo, un tanto recargado, que no contribuye ciertamente a aligerar la innegable densidad de su pensamiento). Este «padecimiento lírico» ante la realidad que nos rodea lo expuso Lucrecio en su obra »*De rerum Natura*», que, para el A., es ante todo un verdadero poema; y considerarlo fundamentalmente como un libro de tema didáctico o, lo más, como «tema didáctico en veste poética», es no penetrar totalmente en la obra lucreciana y romper «esa cosa una y homogénea que es *De rerum Natura*».

Por mucho que haya ahondado el A. en la obra y el pensamiento de Lucrecio no logra hacernos renunciar a nuestras ideas tradicionales que ven en el inmortal poema un *poema didáctico*, en el cual el adjetivo tiene un peso decisivo. ¿Qué es un poema? Nadie lo niega. La crítica antigua no distinguía entre poema didáctico y poema épico. Para ella tan poeta épico era Homero como Hesíodo: dígalo sino la legendaria Disputa entre ambos discutiéndose la primacía de la poesía épica: señal de que la antigüedad consideraba a ambos como autores de

poemas épicos, pues el metro—criterio principal entonces de distinción—era en las obras de ambos el hexámetro.

Poema, sí; pero *didáctico*. Y lo que enseña Lucrecio clara y sistemáticamente, con arrebatado entusiasmo, es la doctrina de Epicuro, desoladoramente materialista y determinista. Pone tal convencimiento y emoción en su tarea, que infunde respeto aún a quienes no podemos compartir sus principios y conclusiones. Cierzo que su arte es subyugador, y en ello está su mayor peligro. Hasta el más receloso lector, al adentrarse en la lectura del poema, llega a pensar si la enseñanza del epicureismo no será sólo un pretexto y algo accesorio. Es lo que le ha pasado al A,

Fuera de este detalle discutible, hay en la obra que reseñamos atisbos geniales, que calan en el alma de Lucrecio, en su filosofía, en su estilo, en su lengua, en su Romanidad, en su influencia y en los instrumentos de su arte.

En conclusión, el trabajo del Dr. Disandro es personal y profundo; y no podrá dejar de consultarlo de hoy en adelante todo el que quiera conocer y gustar a Lucrecio, el «divino e incomparable poeta», como lo llamó Julio César Escalígero, el poeta que ha vivido en su obra oculto y desconocido como en su vida, como si cumpliera la máxima de su maestro Epicuro: *Λάθε βιώσας*.

Desde luego, Lucrecio nunca ha sido poeta popular, ni lo podrá ser, por la índole misma de su obra: la deliberada elevación de su estilo y pensamiento lo hacen sólo asequible a los selectos; y por otra parte, la defensa apasionada de su tesis epicúrea, declaradamente materialista, le hizo sospechoso para el mundo oficial romano de su tiempo y, con mayor razón aún, para el cristiano que recogió y conserva la herencia cultural clásica. No hay que olvidarlo.

MANUEL DIAZ, S. D. B.

SCHLESINGER EILHARD. *El Edipo Rey de Sófocles*.—Universidad Nacional de La Plata, La Plata, 1950, 135 págs; cm. 20 x 13, en rústica.

Eata monografía debe su origen a un curso de Seminario, dictado en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Tucumán en 1947, en el cual trató el autor de explicar el Edipo Rey. Como dice su autor, «el único fin propuesto es el de entender y hacer entender algo del arte sofócleo, no el de entrar en polémica o refutar la tesis de determinados autores modernos».

Cuatro capítulos abarca el estudio; I, Propósitos de este trabajo; II, Fundamentos de la interpretación; III, La interpretación del drama; IV, Consideraciones finales,

El autor ha ido aquilatando con exactitud científica y gusto literario y estético, todos los puntos de interés que ofrece el estudio de esta obra inmortal de Sófocles y no dudamos que su lectura ha de satisfacer e ilustrar a todos los estudiosos del drama griego.

ENRIQUE BASABE, S. J.

MANCINI AUGUSTO. *A. Persio Flacco. Le Satire*. Sansoni, Firenze 1950, 80 págs.; cm. 20 x 13; 1.500 liras, encuadernado.

El presente libro pertenece a la «Nuova collana di Autori Greci e Latini tradotti in italiano con testo a fronte». Precede una introducción sobre Persio y sus sátiras y sigue el texto y la traducción literal de las seis Sátiras. Cada sátira va precedida de una breve exposición aclaratoria del argumento y de los problemas literarios que presenta. Además, al pie del texto y la traducción va una serie de notas resolviendo las dificultades de distinto género que presentan los versos. La presentación es excelente. Un breve apéndice sobre la tradición del texto, las ediciones y la bibliografía avalora aún más esta magnífica edición.

ENRIQUE BASABE, S. J.

ARISTÓTELES. *El arte de la retórica*. Tomo I (Libro I). Texto griego y traducción con notas y comentarios de E. Ignacio Granero, Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo. Mendoza, 1951. Páginas 208; cm. 23 x 16; en rústica.

Comienza el libro por una breve presentación de D. I. Fernando Cruz, Rector de la Universidad de Cuyo. Inicia esta publicación una serie de versiones al español de las obras más representativas de la literatura greco-romana, sin aparato crítico por las dificultades intrínsecas a obras de esta índole en la Argentina.

En el prólogo nos expone el traductor las normas seguidas en su trabajo: «ofrecer al público una traducción que se ajustase lo más posible al texto griego, y que además estuviera provista de aquellas notas y comentarios que facilitasen la lectura» (p. 11). Manifiesta con sinceridad científica laudable las dificultades sugeridas por la falta de una bibliografía abundante, y reconoce que por este motivo el trabajo no puede ser completo. Con todo, en el mismo prólogo se dice que se ha tenido siempre a la vista la edición bilingüe de la Retórica de M. Dufour, Aristote, Rhétorique, París, 1932 (Budé). Además, en las páginas 26 y 27 se da una bibliografía general, donde se citan en total 29 libros, que aunque para un estudio de esta clase son realmente una bibliografía incompleta, sin embargo, ofrecen lo fundamental.

En la introducción expone el traductor algunas ideas sobre la retórica entre los griegos principalmente sacadas de autores griegos y romanos, hasta llegar a la consecuencia de que el tratado de Aristóteles constituyó la retórica en una verdadera τέχνη.

Después de la bibliografía, pasa el Sr. Granero al texto griego, traducción española y comentario. Se expone el plan general de la retórica de Aristóteles (p. 29), es decir, tres libros. Síguese un argumento o contenido del libro primero (p. 31); cada capítulo va precedido también de un breve argumento analítico y lleva intercalados en la traducción castellana estas mismas indicaciones del contenido para ayudar al lector a seguir mejor el hilo del discurso.

Como ya indicamos el texto griego no lleva aparato crítico: ni siquiera se dice qué edición se toma por base de ésta, o sencillamente se reproduce. Con todo de las palabras del Sr. Granero en el prólogo: «Hemos tenido siempre a la vista la edición bilingüe de la Retórica de M. Dufour. «Rhétorique, París, 1932», parece deducirse que esta edición crítica ha sido la adoptada.

Respecto a la traducción, notamos que es lo suficientemente exacta y correcta para el fin de divulgación pretendido por el traductor.

El comentario se coloca detrás de cada capítulo. Es más bien breve, pero suficiente.

Nos congratulamos de ver enriquecida la bibliografía aristotélica con este trabajo del Sr. Granero, y no dudamos de que este estudio contribuirá a la difusión entre el público culto de lengua española del Arte de la retórica del gran pensador y polígrafo griego.

JULIO FANTINI, S. J.

ANGEL PARIENTE, *Estudios de Fonética y Morfología Latina*. Acta Salmanticensia, Filosofía y Letras, t. II, n.º 3, Salamanca, 1949, págs. 348, 95 ptas.

La serie de Filosofía y Letras de la colección *Acta Salmanticensia*, que viene publicando la Universidad de Salamanca, se ha enriquecido con esta importante obra del Dr. Pariente, verdadera novedad en el campo de la fonética y morfología latinas.

Ya hace unos años que se va destacando la recia personalidad del A. en los dominios de la ciencia filológica. Sus frecuentes y densos estudios o monografías, aparecidas en *Emérita* sobre los más variados temas de lingüística y lexicografía; su *Vocabulario jurídico latino* publicado por el Instituto Nacional de estudios jurídicos (Madrid, 1946), con sugerencias y orientaciones muy originales y hasta deslumbrantes en torno a las palabras *crimen, cliens, arbiter, jurare*; y ahora estos *Estudios de Fonética y Morfología Latina*, han llevado el nombre del Dr. Pariente en alas de la fama a los más alejados cenáculos de la ciencia lingüística, comenzando a emerger el A. entre los lexicógrafos y etimologistas del mundo como figura de primera línea.

Una de las cualidades que más resaltan en la obra que nos ocupa es el dominio que el A. revela en el manejo de los textos clásicos, lo mismo que de los grandes autores modernos. Ya en las primeras páginas son corrientes los nombres de Stolz-Leumann, Niedermann, Debrunner, Ernout-Meillet, Stokes-Bezenberger, Vanicet, Boisacq, Walde-Hofmann, Kretschmer, Corsen, Sommer, Juret, Lindsay-Nohl, Kühner-Blass, Schwyzer, Pedersen, Thurneysen, etc., con cuyas doctrinas y opiniones juega con naturalidad, precisión y brillantez. Lo mismo cabe decir de las citas y alusiones a los clásicos, como puede apreciarse en cualquiera de sus estudios y más en particular en el índice de pasajes discutidos que trae al final de su obra.

Concretamente los temas que más a fondo trata en ella son: 1) la posposición *-per*; 2) *grallae* y otras formas oscuras con *l* o *ll* interior; 3) *tōtus*; 4) *cella*; 5) *carmen, germen, germanus, armenta, amare*; 6) *ōmen* y otros casos de disimilación

consonántica; 7) ¿*exdorsuare* o *exossare*?; 8) ¿*dossuarius* o *ussuarius*?; 9) *dorsum*; 10) ¿*carinare* = *zaherir*?; 11) *violentus*; 12) la forma *hemōnem*; 13) *omnis, nuncupo, caro*; 14) *impōmenta, lāmentum*; 15) *sōlari*; 16) *vēnari*; 17) más sobre *porrō, cūr*; 18) *solox* y las formas en *-ōx, -ōcis*; 19) observaciones complementarias; 20) índices.

Mas no se crea que sean estos los únicos puntos estudiados. A lo largo de los razonamientos del Dr. Pariente entran en juego muchos otros temas y palabras, que el A. se detiene a estudiar con más o menos extensión. Una lista de todas ellas nos ofrece el A. en las págs. 341-344.

Si ahora quisiéramos enjuiciar el desarrollo de los temas habríamos de decir que el A. es sumamente ingenioso y audaz en sus puntos de vista. El suscita y remueve cuestiones que parecían sólidamente cimentadas, abre nuevos cauces y veredas a problemas existentes, corrobora posiciones, trata de aclarar enigmas etimológicos, lanza hipótesis que desconciertan a primera vista, pero que, revestidas con un lujo de documentación y datos de primera mano, muestran por una parte lo inseguro de las afirmaciones en estos dominios de la ciencia filológica y por otra el horizonte dilatado de posibles hipótesis que se presenta.

No es extraño que él mismo se encuentre poco seguro en determinadas posiciones y exclame como en la pág. 253: «no me sorprendería que mi explicación de *armenta* por **animanta* > **anmanta* > **anmenta*, que, como se ve, implicaría la acción de la apofonía en una forma participial, pudiera suscitar reparos». Bien es verdad que luego reacciona y aleja de sí todo motivo de zozobra y duda. Así en la pág. 257, insiste en sus puntos de vista sobre *armenta* y *violentus* y dice textualmente: «Es una hipótesis, como puede verse, completamente natural, y que además nos da razón tanto de *violentus* y *armenta*, como de otros varios ejemplos que de momento sería largo estudiar. Por lo tanto, yo no sé qué reparo podrá haber en admitirla».

Indudablemente sorprende a cualquiera algunas de las derivaciones que el A. propone. Por ej.: *amare* de *animus* (pp. 79-82), *omen* de **moneomen* (pp. 100-103), *immo* de *minimo* (pp. 104-108), *amoenus* de **mamminus* (112-117).

Repárese nada más en el razonamiento que el autor sigue para la derivación de *omen* de **mone-omen* (p. 99 y ss.). Comienza rechazando la etimología propuesta por Varrón (l. I.VII, 76) *omen* de **osmen*, como derivado de *os, oris*, «quod ex ore primum elatum est, osmen dictum est» y luego continúa discurrendo por su cuenta.

Yo, al menos, no veo qué inconveniente pudiera haber en suponer que *omen* hubiese derivado de **monē-ōmen* «aviso» *moneo*, «avisar». Por lo menos desde el punto de vista semántico me parece que la hipótesis de un sentido fundamental de *aviso* (que en cierto modo se confunde con el de *presagio*), no podría ser ni más sencilla ni más natural. Y morfológicamente es claro que la formación **monē-ōmen* sobre *moneo* tampoco ofrecería la menor dificultad...

Desde luego que para pasar de **monē-ōmen* a *omen* habría que suponer una larga serie de cambios... Así, en primer lugar el paso a **monōmen* a **monimen*, a **monmen*.. Y a partir de **monmen*, me parece que tampoco puede ofrecer du-

das la evolución ulterior.. Luego, debemos suponer que **monmen* tenía que convertirse en **mommen*.

Ahora bien, es evidente que una forma como **mommen* (con dos sílabas contiguas comenzando por la misma consonante que en la segunda se repetía) tenía que producir uno de esos *tétanos* característicos de las disimilaciones... Es sabido que en casos como éstos la posición fonéticamente más débil suele ser la de las primeras de las consonantes repetidas; debilidad que en el caso de **riommen* estaba acentuada por la geminación de la segunda *m*. Luego no tiene nada de extraño que al producirse en **mommen* el fenómeno disimilatorio, la consonante afectada por el cambio fuera la primera. Desde luego que la disimilación se puede realizar de dos maneras, a saber: o por alteración de la consonante disimilada, o por su eliminación completa. Pero se ve que el primero de estos fenómenos, es decir, el cambio en otra consonante, suele darse sólo en condiciones especialmente favorables...; en cambio, en todos los demás casos lo normal suele ser la pérdida de la consonante disimilada... Pues tras los ejemplos aducidos (termina en la pág. 141 después de un alarde de erudición fascinadora), el problema de **osmen* no puede ser más claro. Y de acuerdo con ellos, hay que concluir que **osmen* no pudo ser más que una falsa lectura de **ommen*. Y ante esto me parece inútil insistir para explicarle en la vieja hipótesis de Varrón.

¿Es convincente la argumentación? Cada uno lo juzgará. Lo que no ofrece duda alguna es que el autor derrocha ciencia y erudición. Construye sus teorías sobre una prodigiosa abundancia de datos, referencias, citas, principios de fonética y morfología, que no han podido apreciarse en el razonamiento anteriormente expuesto, porque expresamente omití las confirmaciones y las citas, que es donde se revela la figura gigante del autor. Como punto importante, véanse p. ej., los datos que aporta a propósito de *carmen* (pp. 86-94), que son muy interesantes.

Pero ahí —en esa su copiosa erudición— radica, a mi entender, uno de los defectos del autor, a saber: que el hilo del discurso se pierde en la profusión de detalles y comprobantes y el mismo pensamiento queda entenebrecido por exceso de ráfagas de luz. En el fondo, este mismo defecto es un exponente de la potencia intelectual del Dr. Pariente y del esfuerzo e interés que pone en defender sus teorías; esfuerzo e interés que tal vez sobrepuje a veces los resultados obtenidos.

JOSÉ JIMÉNEZ DELGADO, C. M. F.

Archer Woodford, Obras de JUAN DE CUETO Y MENA, Bogotá. Publicaciones del Instituto Caro y Cuervo, 1952. Págs XXXIX y 314; 23 × 15.

El licenciado *Dn. Juan de Cueto y Mena*, fué un manchego burgués «erudito y letrado» del siglo XVII. Mozo aún, marchó a Cartagena de Indias donde se casó y se estableció. Abrió allí una «botica... la más principal y opulenta en medicinas», donde, según él nos dice, cualquier receta «hallaba el recaudo necesario». Ejerció también el comercio y otros varios negocios, como el de dar dinero en

préstamo, lo cual le ocasionó, probablemente inocente, el embargo de sus bienes y el encarcelamiento de su persona, no siendo estimada su apelación «*para ante el rey nuestro señor y para ante los señores presidente y oydores de la real chancillería de la ciudad de Sancta Fee*».

Ni la vida agitada ni la desventura fueron parte a distraer a este culto manchego del trato de las Musas. Su erudición fué copiosísima, sobre todo de la Antigüedad Clásica (pasan de treinta los autores griegos y latinos citados en sus obras) a los que añade, como hijo de su siglo, citas de los autores más dispares, aunque no vengan muy al caso, o se trate de cosas de poca monta: Padres de la Iglesia, jurisconsultos bizantinos, filósofos árabes, teólogos escolásticos... de todo ello se sirvió *Juan de Cueto* para adobar hasta el empalago, sus producciones líricas del más puro culteranismo.

Sus obras son dos poemas en verso, dos composiciones teatrales a modo de Autos, también en verso, y dos discursos en prosa. Esta corta producción es tan densa en citas de Historia y de Mitología, que se requerirían varios volúmenes no pequeños para traducirlas y explicarlas al no iniciado.

Su lectura nos resulta ahora graciosísima a la vez que pesada: no concebimos hoy juntas tantas extravagancias como se le ocurrieron a *Dn. Juan de Cueto y Mena*, sobre temas intrascendentes. Como muestra ofrecemos al lector algunas escogidas al azar:

a) Para decirnos que Sto. Tomás de Villanueva, siendo profesor de la Universidad de Salamanca, ingresa en el convento de los Agustinos, escribe:

«Assí Tomás con vocación y exemplo
del Libio Augusto se presenta al templo».

b) Las limosnas de que fué tan pródigo este mismo santo las describe así:

«No sólo a la ignorancia, a Argel, Zerbera
y hasta del Asia emporio
les redimió mil almas limosnero,
haziendo impíreo allá su consistorio,
porque de su amalthea o néctar copa
gozassen la Asia, la Africa y la Europa»,

c) Describiendo con prolijidad calderoniana un monte, donde se asienta una ermita de la Virgen, después de haberlo identificado con el cadáver de un gigante, echado del cielo por Júpiter, se despacha con este cuadro:

«Substituyen sus huessos pardas peñas
y las entrañas cóncavas alcovas,
de pensiles vistosos alhajadas;
para las drías que se calçan breñas,
si no las nimphas que se tocan ovas,
de el Sacro Turubaco aljofaradas;
que como consagradas
al culto antiguo de sus Dioses Lares,
si no al ceño que amaga su ruina,
frecuentauan allí dulces acentos,
que oy se paran a oír mudos los vientos

no a rústica deidad sino a diuina,
y entre diuinas la que erige altares
hasta el solio de Dios por más alteza,
tan máchina de Dios es su belleza».

d) No extrañará ahora el lector que hablando de dicho Santuario, sea el pavimento «Protheo de más formas»; y la imagen de la Virgen, «Columba, que el pico purpurea», y sus guardianes, los Padres Agustinos: «lince hijos del africano».

e) Uno de los discursos es una loa fúnebre con motivo de la muerte de una ilustre dama, Doña María de Carrascal. Y son de ver (además de las ocho densas páginas que dedica a los enterramientos de los antiguos, con más de treinta citas de los Clásicos) los jugosos razonamientos y trucos de palabras que hace con el apellido Carrascal, enlazándole con la encina «que es una carrasca grande», árbol sagrado dedicado a Júpiter y primitivo templo de Abraham, según el autor («habitauit circa Hebron iuxta illicem... quia arbores pro templis et numinibus antiquitus erant»), riquísimo en símiles como nunca pudimos sospecharlo hasta habernos percatado de ello por las curiosísimas citas de la Biblia, Plinio, Viterbo, Josefo, Homero, Virgilio, Claudiano, Aristóteles y Teofrasto que el Autor trae a colación en este punto.

Como se ve, el culteranismo y conceptismo del siglo campean con toda gallardía por las obras de *Cueto*. Se habrá notado también que su versificación es impecable; «no se encuentra ningún caso de incorrección en la rima, ni de sobra o falta de sílaba en la construcción de los versos», dice Woodford.

Todo esto que hoy, no sólo no nos interesa lo más mínimo, sino que lo juzgamos absurdo y de mal gusto, «sirve para ofrecernos una perspectiva del fondo bibliográfico de una ciudad del Nuevo Mundo a mediados del siglo XVII». Y es sobremanera sorprendente que, no ya un clérigo, sino un oscuro boticario, amén de empedernido prestamista y pleitador, tuviera a mano un caudal tan abundante de citas latinas, griegas y bíblicas, que, aunque no hubieran sido tomadas de sus fuentes, sino simplemente coleccionadas o copiadas (como insinúa burlescamente el prólogo del Quijote), suponen un conocimiento de los Clásicos porfiado y tenaz, que ciertamente hubo de arrancar desde la juventud. Por eso tan interesantes como sus escritos, y aún más, nos sería su vida: la biografía de esos hombres entrañablemente aventureros de que tan pródiga se muestra la época de nuestra Colonización, que, doquiera pisaban, hacían brotar la aventura, el conflicto, el lío, y que no podían volver una esquina sin caer en alguna emboscada que les obligara, cuando menos, a airar el estoque, o a dar con sus huesos en la cárcel como a nuestro ilustre manchego; pero hombres a la vez que, como éste, tenían en su aposento «más de doscientos libros, grandes y pequeños, tocantes a diferentes facultades», al topar con los cuales el escribano, en el inventario de embargo «no los tassó, porque no sauí lo que balían».

Los poetas cuya influencia es manifiesta en *Cueto*, son Góngora y Calderón. No creemos que éstos desmerecieran o se deformaran prestando su firma para cualquiera de las producciones de *Cueto*. Es curiosa la coincidencia, como apunta Woodford, entre la descripción de la lucha de los cuatro elementos que pone

Cueto en una de sus piezas teatrales con la que hace Calderón en «La vida es sueño» (Auto).

La edición está cuidadísima, hecha sobre una copia fotostática del ejemplar que se conserva en la Biblioteca Nacional de Colombia, en Bogotá. La presentación tipográfica, muy clara: conserva la ortografía del original, que se explica en la Introducción, y se ha modernizado la puntuación, y unificado el empleo de las mayúsculas. Las notas son abundantes y claras, con las citas de las fuentes; pero, como decíamos antes, para la cabal inteligencia del texto se necesitarían muchas más, o bien, habría que suplirlas con un vocabulario: sería interesante, como Apéndice, el vocabulario completo de estas Obras.

El Prólogo de Sacconi es muy orientador por los datos concretos que aporta sobre la vida del Autor y por la inserción de los documentos, hasta ahora inéditos, en que los apoya. Por él nos enteramos de que el autor Dr. Archer Woodford, nacido en París (Kentucky), en 1899, ha tenido una larga trayectoria como profesor de lenguas modernas en varias universidades norteamericanas (entre ellas la de Northwestern y la de Loyola, en Chicago, donde actualmente enseña), y como miembro del servicio exterior de su patria, desde 1923 hasta 1944. Es autor del ensayo *Francisco Imperial's Dantesque «Dezir a las syete virtudes»: a Study of Certain Aspects of the Poem* (publicado en *Itálica*, vol. XXVII, núm. 2, junio de 1950), y ha preparado una edición crítica, con prólogo y notas en castellano, de este interesante poema.

EDUARDO GAUCEDO, S. D. B.

E. GUERRERO, S. J., *En defensa de la libertad de enseñanza*. Madrid, F. A. E., 1951. Págs. 102; 19 × 14.

El P. E. Guerrero es un auténtico polemista. Bien lo acredita la tesonera, documentada e inteligente campaña que, sobre la libertad y derechos de la Iglesia en materia de enseñanza, viene desarrollando desde hace tres lustros en revistas, diarios, libros y conferencias.

Con este folleto contesta a otro, de título análogo, publicado por el Distrito de Educación Nacional de Zaragoza; y, al mismo tiempo que rectifica conceptos, «sugerencias, reticencias, insinuaciones, más o menos apasionadas, e interpretaciones malignas, en que el folletista zaragozano se muestra pródigo», aprovecha la ocasión para facilitar a los educadores de la Iglesia «una actuación en el conocimiento, reflejo y consciente de la verdad sobre la libertad de enseñanza».

Son 102 páginas de una argumentación ágil de forma y densa de contenido, ese contenido doctrinal que parecen ignorar, en detalles sustanciales, muchas personas que se proclaman, de buena fe, católicos militantes.

Hemos llegado a extremos que parece poco... prudente exponer y defender los derechos de la Iglesia en cuestión tan transcendental como ésta. Precisamente por eso el folleto del P. E. Guerrero es más de agradecer y de divulgar. No hay en él apasionamiento ni defensa de personalismos; hay, eso sí, conocimiento profundo del tema, un ardor sin desmayos y la convicción de que defiende la sana doctrina de la Iglesia, que resume en oportuno apéndice final.

EDUARDO GAUCEDO, S. D. B.